

SALMOS DE LAUDES DE LA IV SEMANA Para celebrar la oración de la Iglesia

INTRODUCCIÓN

La oración de la mañana que la Iglesia, reunida en el Espíritu Santo¹, eleva al Padre por medio de Jesucristo, expresa en su mismo nombre su sentido y contenido: es la alabanza, llena de alegría y admiración, por el nuevo día que, a la luz del sol, nos permite contemplar las maravillas de la creación y, en la luz de Cristo resucitado, experimentar la salvación que nos anuncia y anticipa la nueva creación de los cielos nuevos y la tierra nueva (Ap 21,1). En efecto, “con la alabanza que a Dios se ofrece en las Horas, la Iglesia canta asociándose al himno de alabanza que perpetuamente resuena en las moradas celestiales, y siente ya el sabor de aquella alabanza celestial que resuena de continuo ante el trono de Dios y del Cordero” (OGLH 16). La alabanza brota espontánea al contacto con la vida que se renueva, al experimentar la presencia de Dios, sintiéndonos acogidos y bendecidos por él que nos regala un nuevo día. En muchos elementos de la oración de las laudes se expresa la alabanza, empezando por el himno, pero entre todos destacan los salmos, llamados en hebreo *Tehillim*, es decir, “cánticos de alabanza” (cf OGLH 103). En la oración de la mañana, el salmo primero alude al encuentro renovado, al comenzar el día, con el Dios vivo,

1 “La unidad de la Iglesia orante es realizada por el Espíritu Santo, que es el mismo en Cristo, en la totalidad de la Iglesia y en cada uno de los bautizados... No puede darse, pues, oración cristiana sin la acción del Espíritu Santo, el cual, realizando la unidad de la Iglesia, nos lleva al Padre por medio del Hijo” (Orde-nación General de la Liturgia de las Horas [=OGLH], 8).